

EL MOTÍN

Año XLII

Madrid, Sabado 21 de Enero de 1922

MEMORIA MUNICIPAL
Número 3.

EL MOTÍN

PERIODICO SEMANAL
SE PUBLICA LOS SABADOS

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
ALBERTO AGUILERA, 52, MADRID

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid y provincias, 1'50 pesetas trimestre, 3 semestre, 6 año.—Ultramar y Extranjero, 10 pesetas año.—Pago adelantado.—Corresponsales, 1'50 pesetas 25 números.—Número suelto 10 céntimos.

Los suscriptores directos tendrán derecho a recibir cuanto se publique en esta casa, con el 25 por 100 de rebaja.

Homenaje incompleto

La Asociación de la Prensa de Madrid colocó el domingo último en su salón de actos el retrato del que fué su fundador y primer presidente: don Miguel Moya. Asistieron la Junta directiva y gran número de socios.

Y en el mismo salón fué colocada después la bandera nacional que ondeó en el Gurugú y que trajeron los socios que estuvieron como corresponsales en Marruecos.

El señor Francos Rodríguez, que aún sigue siendo presidente de la Asociación a pesar de formar parte de un Gobierno que persigue implacablemente a la Prensa, pronunció un sentido discurso encomiando las altas cualidades de aquel gran periodista, hombre bueno y patriota desinteresado.

Fué lástima que al señor Francos no se le ocurriera, para demostrar que ama a la Prensa como su noble y generoso antecesor, llevarle en ofrenda el borrador de un decreto de indulto general para ella, ofreciendo presentar su dimisión de ministro si sus compañeros de gabinete se lo rechazaban.

Si esta hubiera sido la más apropiada y digna manera de honrar la memoria de don Miguel Moya, y la de honrarse a la vez, confundiendo un momento en espíritu y en verdad con el inolvidable periodista.

JOSÉ NAKES

De jueves á jueves

Cuando el lunes me enteré de que seguía el mismo Gobierno, casi estuve á punto de sorprenderme. Quise

buscar otro sentimiento más adecuado al caso que la sorpresa, porque además, con todo lo que he visto en mi vida, ando de ella muy escaso, pero no tuve más remedio que emplearla, pues me encontré con que la indignación, el asco y el desprecio los he agotado completamente.

Muy de veras lamento hallarme sin una regular existencia, de los dos últimos al menos, para repartirla equitativamente entre las Juntas, los fantoches políticos y todos los personajes que han intervenido en el desarrollo y la solución de la crisis.

Después de una semana de la más grotesca de las luchas, en que Cierva decía que tenía mucha autoridad y no acababa con las Juntas, y las Juntas decían que tenían mucha fuerza y no acababan con Cierva; al cabo de ocho días de escupir por el colmillo unos y otros y de emular al enano de la Venta, cayó el Gobierno. No cayó por un balcón del Palacio de Buenavista, como las Juntas pronetaban todos los días para el próximo; cayó por un balcón de la Plaza de Oriente. Y no lo empujaron al exterior brazos vigorosos y decididos, sino los fantasmas de todos los miedos y todas las intriguillas. Miedos que estoy seguro de que nadie se atrevió á inspirar directamente, pero tampoco se atrevió nadie á desecharlos; intriguillas que nadie sacó de lo obscuro para convertirlos en una rancia actitud de violencia que hubiera sido justa ó no, pero al menos hubiera sido gallarda.

Porque es el caso que cuando ha llegado el momento, ninguno de los contendientes ha declarado al otro su hostilidad. Todo ha sido insidia y tapujo. Vayan dos ejemplos:

Cierva dijo que los que componen las Juntas no eran *pacos*, sino *pacas*. ¿Por quién lo dijo sino por ellos? Pues cuando los aludidos lo recogieron, le faltó tiempo para rectificar: lo había dicho por cualquiera menos por los que se daban por ofendidos.

En una de las primeras entrevistas que en el Ministerio de la Guerra tuvieron unos y otros, el ministro reprochó á las Juntas que hubiesen ido directamente al Rey. ¿Crean ustedes que no hay nada más grotesco que este reproche hecho por un ministro á sus subordinados que le apedrean aunque esconden la mano detrás de periódicos oficiosos? Pues lo hay: la réplica de las Juntas, que se disculparon inter-

pretando y retorciendo leguleyesca-mente artículos de las Ordenanzas.

Me acordé de aquel feroz concejal revolucionario que en 1909 aconsejó en el Ayuntamiento de Barcelona no proclamar la República, porque lo prohibía la ley municipal.

Las Juntas se levantan contra ministros, pero siempre con arreglo á las ordenanzas.

El único que en esta crisis podía haber salido algo menos indecorosamente (para la galería el menos) era Cierva. Ya lo dije en el número anterior: si disolvía á las Juntas ¡qué triunfo! Si las Juntas lo echaban, caía por el prestigio del poder civil. Le habían brindado ocasión de limpiarse un poco, por encima, de la acusación de haber adulado á un ejército falto de disciplina y de haber sacrificado la economía nacional por contentarle.

Pues resulta que queda, con todo el Gobierno, en la más sucia condición, porque, al fin y al cabo, son ministros que las Juntas expulsaron y que vuelven porque las Juntas lo toleran; que se haya firmado el decreto famoso cuando las Juntas han dado permiso, no es precisamente un triunfo del Gobierno ni de la Corona.

Parece que el Conde de Romanones es quien dió con la clave para resolver el pleito. Vió que lo seguro era preguntar á las Juntas si estaban en frente del Gobierno. ¿Qué habían de decir que sí! Su conducta de tapadillo revolucionario era suficiente garantía. Salí á pedir de boca; de boca monárquico-constitucional, de pactos del Parco y de discursos de Córdoba. Se salvó el poder civil.

Felicito al Conde de Romanones por ser siempre quien en los trances difíciles ve claro en nuestra política. No la entendería mejor el lazarrillo de Tormes ó Guzmán de Alfarache.

Los señores consultados han hecho el mayor ridículo. Personaje hubo que evacuaba (¡qué gran verbo para estos casos!) su consulta cuando ya estaba el gato en el saco.

La Junta de infantería quiere hacer creer que la han engañado con la solución dada á la crisis. Quizás le parezca demasiado fuerte dar el cambio tan á rajatabla. Hay que tener en cuenta que las Juntas tienen nombre de mujer, y que á las mujeres, aunque digan otra cosa, no suele pesarles que las engañen. Pero algo han de decir para cubrir las formas.

En serio y en broma

Los dos artículos que siguen prueban que no siempre es fúnebre la frase «Dios le libre á uno del día de las alabanzas», aludiendo á aquel en que el individuo muere. No, no lo es siempre, puesto que, viviendo aún, me han disparado ahora gran cantidad de ellas con motivo de haber ascendido (ó descendido) á la categoría de ochentón. Y prueban á la vez la falsedad de esta coplilla:

«Estamos en un mundo
tan miserable
que si uno no se alaba
no hay quien le alabe.»

¡Porque, caballeros, vaya una manera de elogiarme por algo de lo que he hecho y por algo de lo que he dejado de hacer!

En otros tiempos hubiera andado con repulgos antes de decidirme á reproducir esos elogios; hoy sería risible, y me expondría á que alguien se burlara de mí recordando aquel verso de *El Diablo Mundo*:

¡Tanto pudor á los ochenta años!

Por esto los reproduzco sin sonrojo apenas, parapetado tras esta sofística reflexión: «Si doy cuenta á mis lectores de casi todo lo desagradable que me ocurre, con más razón les debo comunicarles lo que les agrada de seguro.»

Reconozco que es pueril esto de alabarse uno por tabla, y, sin embargo, caigo en esa puerilidad. Por algo se dice que los viejos nos volvemos de la edad de los niños. Lo cual no quita para que, al leer algunos de los elogios que figuran en esos dos artículos, me haya preguntado si realmente los merezco en tanta medida. Y no por modestia, sino por creer que todo hombre que en algo se estime hubiera obrado como yo de encontrarse en ciertos trances en que me he visto.

Mas charlando charlando me olvido de que mis lectores estarán deseando enterarse de lo que han dicho de mí, y hora es ya de complacerlos.

Allá va, pues, lo que el mismo día que cumplí los ochenta publicó sin firma alguna el periódico *Vida Nueva*:

FIGURAS DE MARMOL

NAKENS

Por derecho propio, porque nadie está por encima de él, porque contados serán los que siquiera aspiren á igualarsele, es Nakens nuestra primera figura de mármol. Nakens, el bueno; Nakens, el fuerte; Nakens, el sabio.

Nakens, el bueno, con esa bondad suprema hecha de tolerancia con los demás é intolerancia consigo mismo. Su vida de constante lucha con la trampa y el fraude

es sólo la protesta de un espíritu forjado para el entusiasmo y la confianza. La censura de Nakens llega siempre detrás de la fe y también detrás de la transigencia; por eso es tan sólida.

Dice él que siente sed de alabar, y su vida lo prueba. Ved sus errores en política. Jamás consisten en haber condenado lo que después resultó bueno, sino en haber exaltado lo que luego fracasó. Errores que enaltecen más que los aciertos.

Nakens, el fuerte. No fuerte á la manera de San Antonio, en quien, como dice Anatole France, hacían las mujeres más efecto que en cualquier abonado al *Moulin Rouge*; dirías: más bien que la fortaleza de Nakens es inaccesible para las tentaciones. Cuando en períodos de crisis, de verdaderas catástrofes del espíritu republicano, se le buscó para ir adonde tantos otros se iban sin que nadie los buscara, para Nakens no hubo dilema. Quedó con su MOTIN viviendo estrechamente, y tan seguro de sí mismo, que habla del trance sin jactancia y con disculpa y elogio para quien le puso en él. Y así toda su vida. Nakens se ha encontrado siempre sin necesidad de buscarse.

Faltaría algo, lo más principal, á la fortaleza de Nakens, si no hubiese triunfado también el elogio. Pero sien lo probablemente el hombre de la España actual más hiperbólicamente elogiado, tampoco al halago se ha rendido. Muchos quilates hacen falta para resistir esta piedra de toque.

Nakens, el sabio. No sabio de estantería y academia, con ser grande su caudal de estudio, sino sabio en el más noble sentido que la palabra tuvo entre los griegos. Sabio porque á sus años (ochenta cumple hoy) y en medio de todas las esperanzas de la vida, los sinsabores le sirven para seasonar y hacer más sabroso el genio burlón. ¡Cómo se reirá el íntimo de quienes con el mejor fin le pitan cual amargado inválido de una guerra sin tregua y sin cuartel! Sólo él sabe lo poco que puede sumar el ajeno esfuerz á la profunda serenidad de sus días. Pero aun así (entendido bien todos cuantos estáis obligados á su alta labor), no podemos hurtar la pequeña porción que está en nuestras manos.

Nakens revisa su obra y la reúne en libros que sus correligionarios no suelen comprar. A diario, encarándose risueño con su ayer, pone la mano en las carpetas donde el trabajo de tanto tiempo, como madura y bien granada espiga, aguarda á los hombres que en propio beneficio hayan de levantar la generosa cosecha.

¡Nakens, venturoso y envidiable! Quisiéramos para nosotros esa espléndida y alegre ancianidad, y la queremos para nuestros padres. ¡Quien que haya llegado siquiera á la mitad de la vida puede poner la mano sobre sus carpetas sin dolor en el corazón, sin turbación en el ánimo, sin enrojecimiento en la cara!

Al acabar de leer ese artículo sentí algún calor en el rostro y corrí á ponerme delante de un espejo creyendo que lo contemplaría como tiempo há no le he visto: coloreado con las tintas del rubor. Pero, nada: estaba del mismo matiz pálido que hace años usa. Esto me prueba que soy ya completamente refractario á toda manifestación visible de sonrojo. Y digo visible, porque interiormente me sentía ruborizado, aunque no gran cosa.

Pudiera y debiera rechazar algunas

de las cualidades que me atribuye el compañero que así me juzga, mas como me favorecen, decido hacerme el distraído según acostumbran todos los elogiados, y protestar sólo de una: la de *sabio*, ya que difícilmente se encontrará en el periodismo otro tipo tan menesteroso de sabiduría como yo y que menos haya presumido de poseer ninguna.

Y vamos ahora con lo que Roberto Castrovido ha dicho en *El Pueblo de Valencia*:

DON JOSÉ NAKENS

EL OCTOGENARIO

Alberto Aguilera, 52, bajo. Ahí vive un hombre. En vida ha conseguido ese hombre lo que soberbiamente desaba, lo que orgullosamente escribió. Decir eso equivale á dar las señas de la morada de don José Nakens.

A la entrada del invierno, el 21 de este mes, cumplió ochenta años don José Nakens. No gusta de que le califiquen de ilustre, de insigne, de excelso. Salta cuando se oye llamar maestro, y indigna si le apellidan Catón y si le ponen el adjetivo de austero da un respingo como si le hubiesen quemado. Respetemos esa dignidad, que no es coquetaría. Con escribir el nombre y el apellido ya está expresado todo eso y mucho más.

El tiempo ha dulcificado y embellecido la testa de Nakens, que parece modelada por un gran escultor español: por el sevillano Montañés. Es la cabeza de un santo viejo, inteligente y bueno. Nakens—no se enfada, si me lee—es una gloria del periodismo. Empezó á escribir en *El Jerusalem*, de Martínez Villergas en 1868; escribe en *El MOTIN*, en verso y en prosa, defendiendo los mismos ideales, combatiendo lo que antes de la gloriosa combatiera. Es tribuno de la plebe más desvalida, censor de la injusticia, flagelador de los encumbrados sobre el pueblo, ariete y maza del clericalismo, liberal á la antigua española, republicano de antes de 1873 y de después, optimista á prueba de desencantos, contrario á la anarquía y no muy conforme con el socialismo marxista. Nakens ama á España, ama la forma republicana, y es también, como lo era Estévez no obstante su extremo radicalismo, amante del Ejército. Suelta una fresca al lucero del alba, no se casa con nadie si no es con la verdad, escribe lo que piensa, sin miedo á herir amistades, á quebrar susceptibilidades y sin el menor reparo á los perjuicios que pudiera ocasionarle el escribir sin otra maza que la sinceridad. Es un hidalgo. Rehuye la grosería, le molesta la baja, defiende al débil, combate al fuerte. Sus gustos le hacen noble en todo: en su trato, en su liberalidad, en su desprecio á las modas, prejuicios y preocupaciones. Es un hidalgo sevillano. De su tierra natal conserva la gracia, que mana espontánea de sus labios y de su pluma.

Nadie odia más hondamente que él los atentados dinamiteros y terroristas; nadie ha sufrido más que él por observar hidalgamente las prácticas de la hospitalidad hidalga al perseguido. Socorrió á Angiolillo; socorrió y dió asilo á Morral, que sabía, por haber leído aquello, que Nakens es incapaz de decir lo que no piensa y de hacer lo contrario de lo que siente. Encubrir al afín, no tiene tanto mérito cuanto

el amparar al adversario. Y Nakens en una revolución salvaría al prelado que le excomulgó y al político que más le haya perseguido. Se engrandeció hasta la sublimidad, arrojando la penalidad, y manteniéndose en la cárcel con la misma dignidad que en su casa.

Nakens miró á su alrededor y puso su pluma al servicio de la reforma penitenciaria. Lo que en la Cárcel Modelo escribió y ha recopilado en dos de sus libros, constituye lo más generoso y bello de la obra de este hombre, digno de una larga vida.

Nakens vive—y no ahora, á los 80 años— como un anacoreta, como un fraile. Su casa es para él lo que la cueva para el anacoreta, lo que la celda para el fraile. Se acuesta al caer de la tarde y se levanta antes que amanezca. Trabaja, lee y escribe horas y horas, sin otra interrupción que la impuesta por el amor de su hija, ó por las visitas de los amigos. Rara vez salía á la calle cuando gozaba de la plenitud de su vista. Verle en un paseo, en el centro de Madrid, en un café, en la redacción de un periódico, en un teatro, eran acontecimientos para sus amigos.

No ha asistido á otro mitin que al del Lírico, cuando se realizó su sueño de unir á los republicanos; le vimos en una manifestación dando el brazo á don Rosendo de Azaña; no ha aceptado banquetes; ha rechazado actos; alguna vez le vimos en las redacciones de *Vida Nueva* y de *El País*. Y no se crea que es huraño, antes gusta de la conversación amistosa y es en ella chistoso y ocurrente.

Fué redactor literario de *El Globo*, y, por entonces, concurrente al Saizo. Fundó *EL MOTIN* en 1881, y á ese periódico ha consagrado lo mejor de su vida. Es un narrador admirable; es chistoso casi siempre, sereno y temible en la polémica, cruel en la diatriba personal cuando se siente agraviado ó herido. Sus artículos contra Cierva por algo que de Nakens se permitió decir en el Congreso, son modelos en su género. Nakens ama á la juventud. En *EL MOTIN* siempre, lo mismo en la plaza del Dos de Mayo, que en las calles de la Peninsular, de Ruiz y de Alberto Aguilera, encontramos un joven de mérito, aún sin nombre, que busca y encuentra la protección de Nakens. Hemos conocido en *EL MOTIN* á jóvenes que luego han sido mauristas, ciervistas, conservadores, monárquicos y hasta clericales; pero no se ha dado el caso de que los jóvenes que Nakens nos presentó hayan dejado de descolgar en el periodismo y en la literatura. No todos han sido en lo moral lo que Nakens; todos han sido literatos de talento, algunos de extraordinario mérito. Nakens puede hacerse el desentendido ante la ética ó puede ser engañado en lo moral; en lo intelectual, nunca. Sabe labrar cerebros. Escritor que él empuja, vale. Eusebio Blasco, Mariano de Cavia, Miguel Moya, Luis Bonafoux, Alfredo Calderón, Fernández Bremón y Rafael Salillas han sido, y el último de los citados lo es todavía, grandes amigos de Nakens.

Me complacía mucho oírle conversar con don Alfredo Calderón, su antitesis en muchas calidades, porque lo que uno tenía de triste y de meticuloso, lo tiene el otro de alegre y de audaz. Melancólico siempre, don Alfredo gustaba de Nakens, que le animaba y le hacía reír no pocas veces. El artículo que dedicó á Nakens es lo mejor que se ha escrito ahondando en esta vigorosa personalidad.

Una afición de Nakens era la de invitar

á comer á sus amigos, guisando él la comida ó algunos platos de ella. Recuerdo varias de esas inolvidables fiestas amistosas, familiares.

En la redacción de *Vida Nueva* (Monte-ra, 51), comimos muchos amigos y en competencia guisaron varias viandas Eusebio Blasco y José Nakens. Como escritores, eran incapaces de la pugna vanidosa que mostraron como cocineros.

Nakens guisaba muy bien. Como tal cocinero admite los adjetivos de maestro é ilustre que le desagradian aplicados á su persona si no lleva puesto el mandil.

En las redacciones de *EL MOTIN* me he sentido á la mesa de Nakens con su hija, con Blasco Ibáñez, con el padre Ferrándiz, con Menéndez Pallares, con Salillas, con don Anselmo Arenas, con don Ignacio Corujo con Miñón, el militar, con Juan José Morato y no recuerdo con quién más. Nakens nos dió un banquete guisando de varios modos el bacalao que de Valencia le enviara don Francisco Garrido. Otra vez escribió en verso la invitación que copió y glosó Mariano de Cavia.

¿Paqueñeces? Lo son. Pero estas interioridades, estas niñerías, si así se quiere llamarlas, pintan y retratan mejor que sus escritos y sus acciones á los hombres verdaderamente grandes. No he querido omitirlas. Nakens adereza una ensalada tan bien como una conversación y con tanto primor hace una caldereta como un soneto, un romance ó un artículo. El cocinero antes que fraile y escritor antes que cocinero.

Es, lo repito, una gloria de la Prensa, una gran figura del republicanismo, un héroe de la libertad contra el carlismo y el infundio clerical, y un ejemplo para la juventud.

Nakens no acudilla un partido ni una partida; no sirve para eso; pero pocos, muy pocos adalides de partidos ó grupos tienen tantos y tan buenos amigos como Nakens.

Tiene confianza en sí mismo y puede tenerla. Es orgulloso á veces; jamás vanidoso. Ha escrito mucho, y no hay nadie que ame la verdad y sienta la belleza, que no quisiera que hubiese escrito más y que escribiera más todavía.

Hay quien dice: «El viejo Nakens está anticuado, se sobrevive á sí mismo, ha pasado...» No tienen razón, por desgracia. Si la tuvieran, el mismo Nakens se alegraría de verse anticuado, pasado de moda, porque ello sería señal de que España se había limpiado del clericalismo y de que la República había implantado aquellas reformas que dicen burguesas y que son hace muchos años realidades hasta en monarquías y en otros países dominados por gobernantes católicos. Para que fuera verdad que el viejo Nakens tocaba música antigua, era preciso que España tuviera libertad de cultos, verdadero matrimonio civil, divorcio, Iglesia separada del Estado, sufragio honrado, Constitución respetada, leyes cumplidas por todos, justicia justiciara y que hoy, como en los tiempos del terror fernandino, no se matara y encarcelara por la profesión de ideas. ¿Anticuo Nakens? Más antiguas son las órdenes religiosas é imperan en España, y en ella se multiplican como los conejos. Más años que ochenta tiene la Compañía de Jesús, y logra hoy lo que no consiguiera antaño, ni en los tiempos del padre Cirilo, de san Patrocinio y de la Inquisición: consagrar España al corazón de los jesuitas. ¿*EL MOTIN* pasado de moda? ¡Y las captaciones en moda, y las universidades, insti-

tutos y colegios de jesuitas y otros frailes, llevándose mucho! Ya no se estila—dicen—el anticlericalismo. ¿Cómo que no, si el clericalismo se estila? Hay centros de estudiantes católicos y sindicatos obreros católicos, y la papeleta de comunión sirve como un pagaré á la vista, y del escapulario se hace uso como de las divists en las ganaderías. Hoy es más actual *EL MOTIN* que en 1881. Lo sensible es que tenga ochenta años y no treinta su fundador.

Fuí á verle, á saludarle, á felicitarle por su buena salud y á dolerme de su avanzada edad, y no supe decirle nada sino estrecharle las manos con cariño y orgullo; y no se las besé por no parecer ridículo ó cursi.

ROBERTO CASTROVIDO

Distinto efecto que el anterior me produjo ese artículo.

Al acabar de leerlo sufrí un terrible desencanto: se me había evaporado una de mis más halagadas esperanzas; la de que Castrovido fuese el amigo que escribiría el mejor artículo necrológico el día que yo muriese.

¿Qué quién me dice que no lo hará? La experiencia que tengo de que los grandes escritores aspiran siempre á superarse; y como Castrovido no podrá, cuando yo finiquite, decir en alabanza mía más de lo que ha dicho ahora, escribirá el artículo, ¡esto sí!, pero lo romperá sin mandarlo á la imprenta, por no quedar inferior á sí mismo. Por esto, sólo por esto, he perdido la esperanza. ¡Ay! Bien dice el libro santo: «Desgraciado de aquel que pone su confianza en las cosas terrenales!» Y en las de ultratumba, añado entristecido.

Apesar de este desencanto terrible, teniendo efusivamente al querido compañero y amigo las manos que estubo á punto de besar, y que me alegro que no lo hiciera, pues los que piensan y obran moralmente al unísono, como él y yo, sólo deben besarse cual hermanos en la frenta la hora de la eterna despedida de cualquiera de ellos.

JOSÉ NAKENS

Intimidaciones á gritos

Creo haber dicho hace tiempo que suelo jugar alguna vez á la lotería para ver si el azar quiere hacerme un modesto obsequio, ya que voy dudando de que la divina Providencia se tome por mí esa pequeña molestia.

Y á propósito de esto, allá va un incidente que hará gracia á mis lectores.

Estaba la mañana del 23 de Diciembre último repasando en un periódico la lista del sorteo del día anterior, cuando entra á verme un amigo, y me pregunta:

—¿Qué! ¿Le ha tocado á usted algo?

—No; y lo siento. Si llegan á caerme siquiera 50.000 pesetas, hubiese realizado el último sueño de mi vida.

Se sonrió mi amigo, y proseguí:

—Esa sonrisa me indica que encuentra usted raro que haya quien sueñe á

los ochenta años. Pues, sí; lo hay. Y ese soy yo.

—¿Y qué hubiera usted hecho si le toca esa cantidad?...
—Se lo diré en pocas palabras.

Comprar inmediatamente 200 kilos de letra del tipo 9 para vestir tipográficamente de limpio á EL MOTIN desde al número primero del año 1922, y volver á publicarlo en ocho páginas.

Llenar á la vez doce cajas del cuerpo 10, y admitir cuatro cajistas para confeccionar á toda prisa tomos de 20 pliegos, tirando de cada uno dos mil ejemplares; y digo á toda prisa, por si recibiera pronto la orden de partir, dejar por lo menos veinte ó treinta en disposición de echarse á la calle.

Y realizar aquella idea que me dió hará unos tres años el corresponsal de la Habana, don Juan José Higuera, de reproducir en cartulina las cien caricaturas anticlericales más salientes de las publicadas en EL MOTIN.

Y una vez en marcha estos proyectos semi póstumos, cualquiera me tose. Metido en mi rincón, hubiera llegado al gori gori halagando la ilusión de que había sido uno de los agraciados con un premio regularcillo en la lotería de la vida.

—¿Habla usted en serio ó en broma?

—En serio, y muy en serio. Y si no vamos á cuentas.

¿Llegan muchos á los ochenta años rindiendo culto á un ideal, satisfechos de haber trabajado por su implantación cuanto han podido sin rendirse ante persecuciones ni injusticias, no transigiendo con la farsa social, y conservando en todo y para todo su independencia, base de la dignidad del escritor? No; llegan muy pocos pudiendo decir tan jactanciosamente como yo, que nunca tuve ni Dios ni amo, frase que constituye por sí sola un programa redentor.

¿Qué todo eso lo compré con moneda de inquietudes, privaciones y renunciaciones á puestos y cargos donde la vanidad hubiera encontrado satisfacciones y el amor propio halagos? Ciertamente, mas siempre creí que lo compraba muy barato; ¡tan valioso era para mí lo que adquirí!

—¿Y no se arrepintió usted nunca de haber seguido ese camino?

—Como arrepentirme, no; mas le confieso que en más de una ocasión me pregunté si tenía derecho á ser tan egoísta.

—¿Egoísta ha dicho usted?

—Sí, y de alta graduación. Por empeñarme en nadar contra la corriente, he privado á personas queridas de satisfacciones que me hubiera complacido proporcionarles. ¿Quiere usted egoísmo más refinado? Mas doblemos esta hoja, no sea que se me escape alguna palabra que usted traduzca erróneamente por arrepentimiento.

—Doblada por mi parte, y dispéñese usted si alguna de mis observaciones le ha molestado.

—En modo alguno; usted es quien ha de dispensarme si se me ha escapado alguna palabra demasiado viva al tocar un punto sobre el cual no quiero mantener diálogos ni conmigo mismo.

A partir de aquí, continuamos hablando de la guerra de Marruecos, del rescate de los prisioneros, de las detenciones arbitrarias de obreros, de la crisis económica, de lo mucho que se farsantea en el Congreso y se roba en todas partes, de la cobardía moral de este pueblo, y, en fin, de casi todos los temas de actualidad. Y nos despedimos piropeando yo irónicamente á los desorganizadores del partido republicano, en el que podía España haber encontrado ahora su salvación.

Insisto en mi pretensión

Lean ustedes la carta que sigue, y se explicarán el por qué va en aumento mi deseo de encasquetarme la mitra.

Sr. D. José Nskens.
Madrid.

Estimable Don José:

Aunque sea tardía, inútle una nuestra sincera felicitación (más y de mi señora), á las numerosas que habrá recibido con motivo de su elevación á la categoría de obispo, deseando vivamente poder aún durante muchos años continuar felicitándole, y usted que lo vea ó lo oiga.

Tengo la satisfacción de comunicarle que mi señora ha dado á luz esta mañana una niña, hallándose en perfecto estado de salud tanto la madre (Elia Aloy Fuster), como la pequeña Elia.

Mañana se celebrará la inscripción civil y libraremos á la niña del tradicional é inútil remojón tan expuesto á refriados y más en el gatuno mes actual.

Pensamos sí—y ya se lo hemos comunicado á la niña oficialmente—bautizarla con el remojón con toda solemnidad el día que eleven á usted al honorable cargo de arzobispo ó obispo de Madrid, que, el diablo mediante, no dudo será dentro de poco á juzgar por las noticias de EL MOTIN del 7 del actual. Y como en asuntos de Iglesia hay que aflojar siempre los cuartos, remítelo hoy 25 pesetas por Giro Postal que de momento las destinará á beneficio de EL MOTIN, pero que cuando le eleven á obispo deberá darlas como recibidas para la solemne bendición que de sus entonces obispaes manos recibirá mi hija Elia. ¡Ya tiene, pues, usted trabajo para inaugurar su nuevo oficio!

Y para que sea más solemne la inauguración, estimaré de usted anóteme en lista para los nombramientos de cargos que en dicho día hará, y le estimaré me otorgase uno de poco trabajo, aparte del de comer, beber y demás necesidades de urgencia.

Como siempre sabe que soy su afectísimo S. S. y amigo

JUAN B. IBÁÑEZ CARLES

Valencia, 14 Enero 1922.

Antes de comentar lo que se me dice en esa carta, felicito á mi amigo Ibáñez Carles por el feliz alumbramiento de su esposa, y pido á ella y á él

que estampen de mi parte un beso en las mejillas de la recién nacida.

Y vamos ahora con mi pleito.

Las pasiones seniles son irresistibles; y es de tal magnitud la que me ha entrado ahora por reunir dinero, que temo malograrme si no lo consigo. ¿Con qué objeto quiero reunirlo? Con el que apunto en el artículo anterior.

¿Y en qué oficio, ocupación, ó carrera á que me dedicase podría reunir más pronto y mejor una cantidad decente, que ejerciendo el cargo de obispo?

Ya lo están ustedes viendo: á la simple noticia de que estoy solicitando serlo, ha empezado el chorro. ¿Qué no sucederá el día que me vean salir de mi magnífico palacio y subir á mi lujoso "automóvil"? Abandonarán las monedas por su propia iniciativa los bolsillos de los que alaban á Dios por que los tienen bien repletos, y volarán hacia el mío con la velocidad que suben al Cielo las almas de los justos.

Nada, lo dicho: voy á echar el resto para que me nombren obispo, y de Madrid: quiero que sea en la Villa y Corte donde admiren mi gracia y donaire para echar esas bendiciones santas que algunos impíos (que Dios confunda) califican de cortes de manga.

Bien mirado, quien saldrá ganando más con mi nombramiento será la Iglesia: la mayoría de los apartados de ella volverán á su redil atraídos por las preuntans virtudes de su nuevo pastor. Ya por lo pronto ha prometido entrar uno de los más irreconciliables: Ibáñez Carles.

La palabra que ha dado de no llevar su hija á la iglesia hasta que yo sea obispo, me incita mas y más á insistir en mi pretensión: no quiero que por mi negligencia pueda dejar de salvarse un alma.

Respecto al cargo que Carles solicita, nada le digo por ahora: cuando me poseione del mío y me entere bien de cual es uno de los más cómodos y productivos, le avisaré para que venga á ocuparlo, á menos que, como tantos otros, me olvide de las atenciones y los favores recibidos y sólo piense en mí al taparme la calva con la mitra.

Que todo pudiera ser, pues para Dios nada hay imposible.

IMPOSIBLE!!

Las muchas y cariñosas cartas que he recibido felicitándome por haber llegado á los ochenta años, me han hecho pensar en las que me escribirían si, á semejanza de Fausto, retrocedo á los veinte.

Pero ¡ay! es imposible que esto ocurra. Como el diablo tiene ya segura mi alma, soltaría la carcajada si se le ofreciese ahora á condición de quitarme de encima medio siglo siquiera.

Sin este inconveniente, me atrevería á hablarle del asunto, en mi deseo de complacer á los que me desean aún muchos años de vida.

Unp. Juan Pérez. -Pasaje de Valdecilla, 2. -Madrid.